

colección rúbrica



PATRICIA BETANCORT

CARTAS CRUZADAS
DESDE MANILA

esstudio
ediciones

BÁRBARA

1

Bahía

Y ahí, en el *Bahía*, se encontraba Bárbara, tras un largo viaje.

Hacia un año que Bárbara había perdido a sus padres. No es que fuera el matrimonio más romántico y apasionado que ella idealizaba, pero durante treinta años se llevaron bien y formaron una pareja estable con su montaña rusa en la convivencia. Él se fue tras una lenta y cruel enfermedad, un claro descenso hacia la niebla mental, el Alzheimer. Y ella... murió de pena.

A sus cincuenta y cinco años, Bárbara había sido una buena madre. Durante su vida se había entregado en cuerpo y alma a su hogar, a su familia y a su trabajo. Conoció el amor y el desamor con veinte años, un amor que le dejó huella por partida doble, sin embargo, la vida le brindó conocer al padre de sus dos hijos, con quien vivió diecisiete años, y con quien fue feliz, con los altibajos que cualquier pareja.

De forma inesperada, sin motivo aparente, los pilares de su vida se tambalearon y todo lo que había construido se desmoronó: su hogar y su familia. Comenzó a experimentar la soledad cuando su marido le dijo que no era feliz y abandonó el hogar, mientras sus hijos regresaban al extranjero a estudiar. Llevaba muchos años dedicada a su vocación: el periodismo. Siempre se refugiaba en su trabajo, en los reportajes, artículos, escritos, en las novelas, en un mundo, a veces dulce y otras amargo. Como siempre, buscaba avanzar en lo personal y profesional de manera incansable. Creía en la buena suerte, en la que se busca y se pelea. Era idealista y perseguía sueños y objetivos.

La vida le había golpeado y en cuanto se encontró con esa oportunidad, se ancló a ella pues era su salvación, por lo que decidió embarcarse en una aventura con una ONG. Era una más de sus asignaturas pendientes, pues de casada, se ausentaba poco de su hogar. Su personalidad la empujaba ante las adversidades.

Bárbara había tomado una decisión importante en un momento delicado de su vida: viajar a Waslala.

• • •

Con emociones entumecidas distinguió la casa de la fotografía que había visto en la revista del avión. Sin embargo, a diferencia de lo que recordaba le pareció una edificación pintoresca y espectacular, construida en la piedra clara típica de la isla de Fuerteventura.

Sus sentidos se vieron asaltados por un paisaje bañado de vides, palmeras, plataneras, buganvillas y aroma a salitre. Bárbara continuó recorriendo el lugar paradisíaco que había elegido retiro, hasta llegar a recepción. Al dirigir la vista hacia un ventanal vislumbró una playa de arena fina, donde los rayos de sol se fundían con el azul del mar ofreciendo uno de los atardeceres más espectaculares. Estaba un lugar mágico bañado por el agua del Océano Atlántico, que tenía un excelente clima primaveral con una media de veintitrés grados durante todo el año y situado en una majestuosa roca frente al mar con acceso a una playa privada. Se podía llegar desde recepción por el ascensor, pero entre matorrales divisó un camino en principio peligroso, pues había una escalera estrecha, con ciento veinte peldaños estrechos de leño, deteriorados por el paso del tiempo, que además se encontraba acorronada.

Ese paisaje la invitaba a reflexionar con calma sobre cómo se había desencadenado de nuevo su vida: su separación, el adiós de su mejor amiga, el fotógrafo, su salud... Intentó encajar esa realidad como sabía hacer, pero estaba desconcertada. Ella había señalado ese nuevo

destino de manera intencionada por salud. Sin más pretensión, albergaba un halo de esperanza y el deseo de poder verle una vez más.

Deseó toparse con Beatriz, su mejor amiga, quien había formado parte de su mapa de carretera; necesitaba reencontrarse ella, sin embargo, había fallecido. Tras su pérdida, Manuel, su marido, y su hijo Mario, ambos doctores, mantenían el espíritu innovador de *Bahía*, ampliando nuevos horizontes para el bienestar físico y emocional de los clientes, en su mayoría mujeres maduras. Contaba con un equipo de médicos especializados en nutrición y psicología, *coaches* personales, además de personal sanitario profesional, administrativo y de mantenimiento.

Antes de cruzar la entrada principal pensó, una vez más, en Beatriz. Estaba ahí por ella y por su bienestar, y también por él...

• • •

Volviendo a su realidad repasó en su mente dos de los mensajes recibidos en su móvil que aún conservaba un año después:

DESCONOCIDO

Hola, Bárbara Belli. Soy el marido de Beatriz.
Tristemente ha fallecido tras una larga lucha.
Me pidió en su último aliento que contactara con usted.
Agradeceríamos, mi hijo y yo, que nos acompañara para darle el último adiós.
Manuel Grau.

MARK

Hola, Barby.
Necesito verte.
No sé si aún conservas mi número de teléfono. Soy Mark.

De pronto sintió un temblor y pensó que aún no estaba preparada para reencontrarse con algunos fantasmas del pasado. Había transcurrido todo un año, y era consciente de que había llegado el momento de regresar a ciertos lugares, así como encontrarse con personas que la iban a transportar hacia recuerdos que la harían sentirse más vulnerable. Tuvo una visible reacción de autocompasión y estuvo a punto de echarse a llorar. Intentó evitar sentir angustia y concentrarse en lo que en realidad era importante: ella y su bienestar.

Con la mirada perdida, Bárbara se quedó observando la isla que la vio crecer, y mientras inhalaba el aire marino, susurró:

—Aquí estoy de nuevo, mi añorada isla... Hacía mucho tiempo que no venía... No lo puedo evitar, pero confieso que me tienes enamorada.

Sin esperarlo, su memoria revivió las palabras de su profesor de Geografía: «La isla de Lobos toma su nombre de las focas monje, también llamados lobos marinos, que vivían en sus costas hasta hace muy poco. Su cota más alta es La Caldera, 127 metros de altura y tiene tan solo 4,5 kilómetros cuadrados».

Un agradable escalofrío le recorrió su espalda mientras alcanzaba a observar el pequeño muelle donde atracaban la mayoría de las embarcaciones.

El sentimentalismo se instaló en algunos de sus pensamientos. Repasó sensaciones que la llevaron a unos de los instantes de su vida: a navegar por esas aguas cristalinas de color turquesa. Pensaba. Reflexionaba. Inesperadamente se descubrió hablando sola entre susurros a la vez que esbozaba una sonrisa: *«Bea, ojalá estuvieras aquí. Cuántos recuerdos se agolpan en mi mente. Estaba observando la isla de Lobos y me estaba acordando de algunas de nuestras aventuras. ¿Recuerdas cuando con diecisiete años tardábamos apenas quince minutos en ir de isla a isla? Lo hacíamos en el barco del padre de tu primer novio Vicente. Estabas muy enamorada y te pateabas la isla de su mano, y yo mientras disfrutaba en la isla pescando, cogiendo erizos del fondo del mar, arrancando las lapas de los riscos y comiéndolas crudas, pero siempre guardaba unas cuantas,*

para mi abuela, quien las preparaba a la brasa con su receta especial de mojo verde, junto con los pescaditos del día. ¿Y la playa de la Concha? Yo la recuerdo con muchos y diferentes tonos, dependiendo de la incidencia de la luz. A primera hora de la mañana podía mostrar un color verde esmeralda muy suave y por la tarde se tornaba en azul celeste. Vicente se conocía muy bien la isla y nos decía que desde el muelle de la isla de Lobos podíamos acceder a ella en pocos minutos, y a pie; si girábamos a la izquierda íbamos rumbo a la playa de la Concha y, si tomábamos el camino de la derecha al Puertito. Pero tú eras más de montaña que de mar, y no dudabas en ponerte las botas para practicar senderismo y completar la ruta circular».

Bárbara seguía en el mirador. Ensimismada con el paisaje, el sonido de mar y las aves como hilo musical, continuó con sus recuerdos.

«Si pudieras escuchar esta banda sonora, Bea. Me transporta a nuestra amistad, juventud y a una inolvidable excursión que hicimos a las salinas del Marrajo... Íbamos embadurnadas de protección solar hasta límites insospechados...».

Paralizada, encadenó pensamientos focalizándose en el fotógrafo, y en su enfermedad. Enseguida lo apartó de su mente, luchando y perdiendo su batalla interna. Regresó al recuerdo de la expedición por la isla: *«El camino no mostraba mucho desnivel y no tardamos mucho en llegar hasta que nos encontramos con el perfil de la montaña que teníamos que ascender. La caldera... Aún me pregunto cómo nos pudimos perder. Tuvimos que retroceder para coger un sendero que estaba bien señalizado para llegar hasta nuestro objetivo. Supongo que, debido a la excitación de la adolescencia, íbamos a nuestro libre albedrío y nos salíamos de los caminos marcados; y cuando llegamos a una zona de cría de gaviotas salimos corriendo. Ya más tranquilos, Vicente nos orientó por un desvío que marcaba ascenso con cuesta bien pronunciada, al volcán de La Caldera. ¡Qué maravilla estar en la cima más alta de la isla de Lobos! ¡Qué vistas tan increíbles!! Sin duda, un mirador natural magnífico. Maravilloso. Desde la cima se distinguía la isla y el Parque Natural de las Dunas de Corralejo en el horizonte. Y la vuelta fue otra odisea, afrontando con dificultad el descenso*

y dirigimos nuestros pasos hacia el faro de Martiño que había estado habitado hasta 1968 por un farero».

Bárbara respiró hondo mientras se acariciaba la frente. La palabra faro le había llevado a una escena que, de inmediato, se instaló en su mente, percibiendo la clara decepción de un pensamiento que albergaba una ilusión que naufragó, un proyecto audiovisual que nunca consiguió realizar sobre los faros de España convertidos en restaurantes.

El corazón le latía muy fuerte y decidió apoyarse en el muro colindante al mirador. Se esmeró por rescatar un recuerdo positivo.

«Bea, estaba pensando en el faro donde improvisamos un picnic. Ese día estaba despejado y pudimos ver el sur de Lanzarote y el interior de la isla de Lobos. ¡Qué vértigo! Apenas descansamos pues debíamos continuar la ruta. Nos dirigimos a Las Lagunitas rodeadas de plantas de color rojizo que cubrían como un manto la roca volcánica, hasta llegar agotados al Puertito de Lobos, otro de los lugares más bonitos de la isla con sus pequeñas casitas de pescadores que se integran a la perfección en el paisaje costero y volcánico. ¡Un paraíso, amiga! Cuántos recuerdos guardo contigo, Beatriz; y también con mi ex —se dijo con tono triste—. Estuvimos en una pequeña cala con un agua tan verde y transparente que resultaba irreal. Un lujo nadar entre cientos de peces y disfrutar con la fauna marina, pero desde que me separé he sido incapaz de viajar a este paraíso, y tras tu marcha, Beatriz, aquí estoy de nuevo, en Bahía observando la isla chiquitita, dominada por volcanes y completamente salvaje».

—¡Qué recuerdos, amiga...! —exclamó triste, con un suspiro ahogado—. ¡Lástima no poder volver a compartírtelos contigo!

En un acto reflejo llevó su mano al abdomen tras comprobar que estaba destemplada y le dolía la cabeza. Respiró hondo y se tranquilizó. Sabía que estaba en el lugar perfecto; en *Bahía* sentía paz y tranquilidad. Además de acogedor le pareció austero, con tan solo siete habitaciones. Había tomado una buena decisión, no solo para descansar, sino para hacerse un chequeo completo que cubría su seguro

médico privado. Pero en su fuero interno sabía que el mayor motivo por el que había viajado hasta Fuerteventura tenía un nombre.

Bárbara sintió un dolor agudo y punzante en la parte derecha de su vientre, y de inmediato reaccionó repasando la lista de las dudas y ansiedades que la invadían tras la operación; estaba preocupada por el malestar que llevaba arrastrando desde su regreso de Waslala y que compartiría con el equipo médico de la clínica.